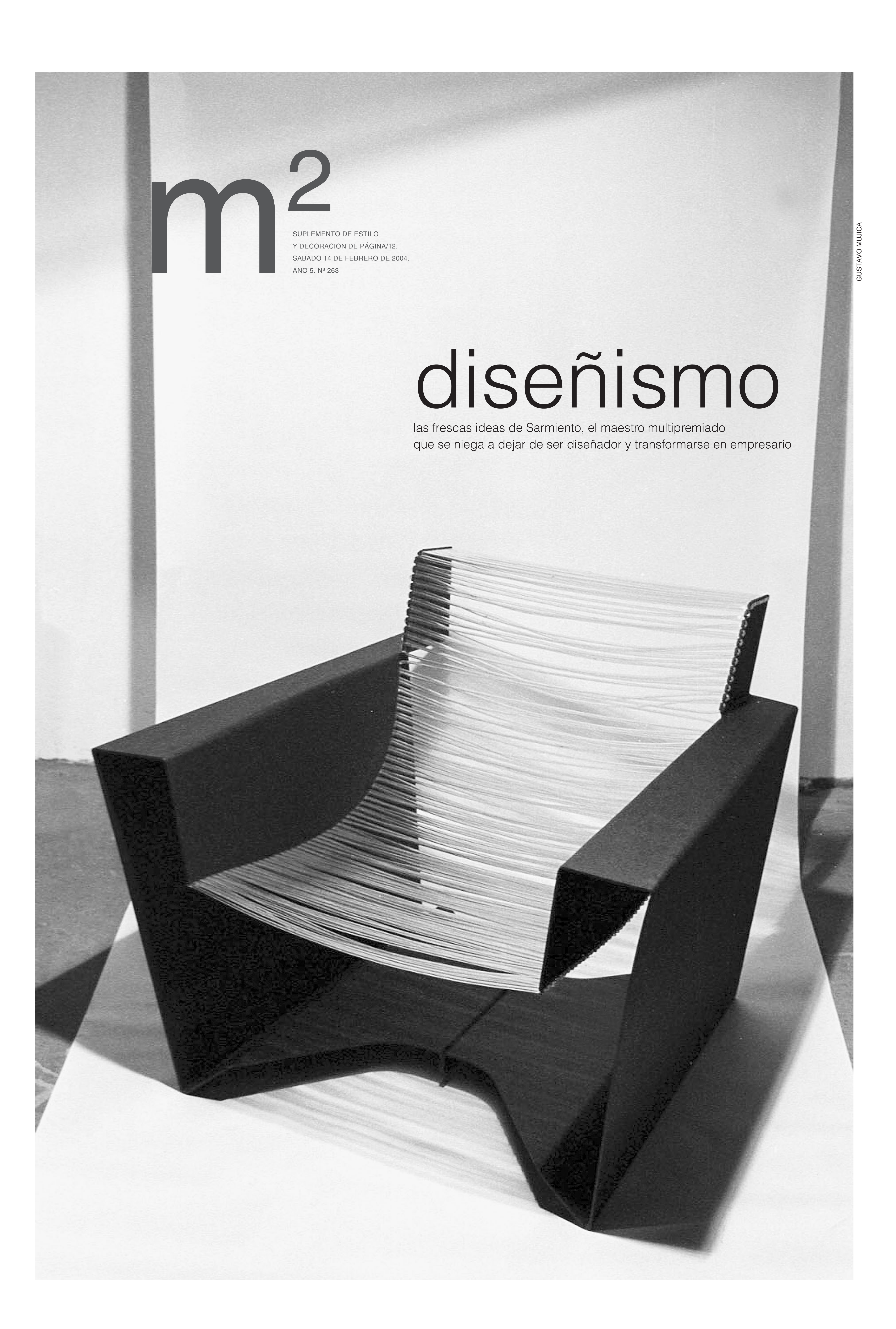
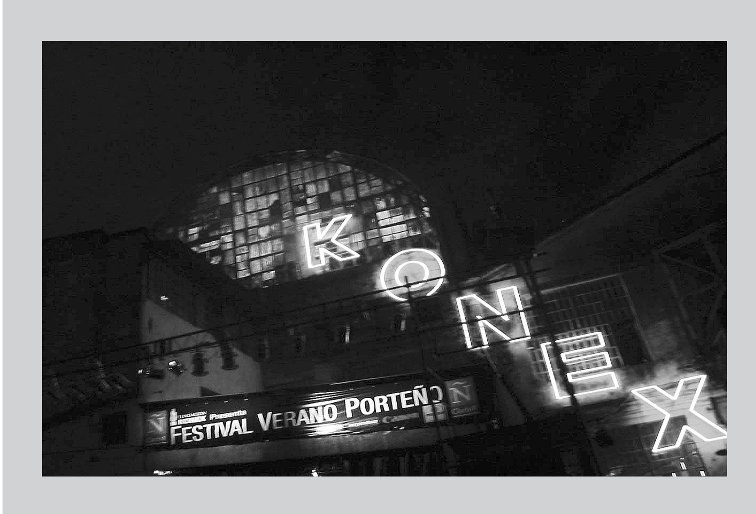

m2
SUPLEMENTO DE ESTILO
Y DECORACION DE PÁGINA/12.
SABADO 14 DE FEBRERO DE 2004.
AÑO 5. Nº 263
diseñismo
las frescas ideas de Sarmiento, el maestro multipremiado
que se niega a dejar de ser diseñador y transformarse en empresario
GUSTAVO MUJICA



Transabasto, espacio para armar

POR MATIAS GIGLI

Escuchar música, ver una obra de teatro o transitar por un espacio destinado a las artes plásticas en un ambiente de destrucción, abandono y suciedad era una cosa en nuestra ciudad poco habitual. Ahora, desde el Abasto se puede sentir esa emoción de vibrar en una gran fábrica iluminada por colores intensos junto a mucha gente.

Desde los restos de una antigua fábrica de aceite del barrio del Abasto, bajo techos sin chapas, pisos rotos y paredes en estado calamitoso surge para un nuevo uso la Ciudad Cultural Konex. El proyecto, un reciente polo de atracción para este sector de la ciudad, ya está en uso desde este verano.

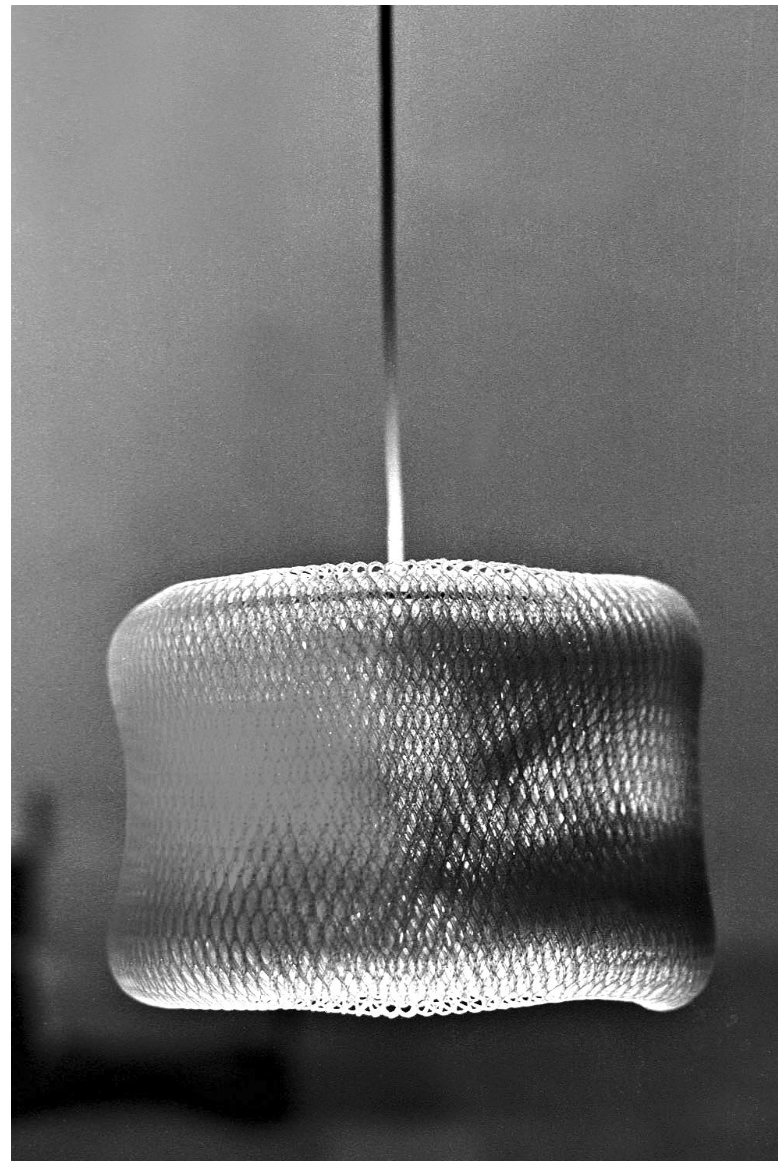
La idea es ambiciosa. Luego del concurso de anteproyectos organizado por la Sociedad Central de Arquitectos y ganado por Clorindo Testa el año pasado, la Fundación Konex decidió ponerlo en marcha a la espera de la materialización del proyecto definitivo, que contará con un recorrido que vinculará las diferentes actividades del conjunto: un auditorio para ópera, salas de exposiciones y espacios para recitales de música.

Desde el último día de enero y hasta el 14 de marzo se está llevando a cabo el Festival Verano Porteño. Con la dirección general de Luis Ovsejevich, Andy Ovsejevich y Ricardo Manetti como directores del festival, la movida tiene una dimensión impresionante. Es una convocatoria artística de lujo en un gran espacio altamente sugerente. Desde un lugar destruido por la falta de uso, y luego del saqueo de todo elemento que tuviera algo de valor, allá por 1992, año en que se cerró definitivamente la vieja fábrica y con la pátina de mugre y polvo de doce años de abandono, es nuevamente mirado con entusiasmo.

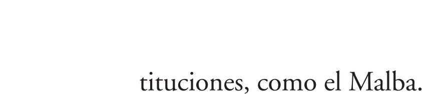
Se convocó a artistas de las artes visuales, el teatro, la música y el cine, entre otras disciplinas, para darle vida al predio de las calles

Sarmiento y Jean Jaurés. La coordinadora de Artes Visuales, Diana Saiegh, organizó en el marco de este festival la muestra Transabasto, en la cual se exponen obras de invitados por la fundación: Juan Fontana, Clorindo Testa, Luis Benedit, Edgardo Giménez, Pájaro Gómez, Carlos Trilnick, Alejandro Leveratto, Yuyo Noé, Rolo Sorondo, Martín Calcagno, Margarita García Faure, Eduardo Navarro y Vicente Rozados Sauser, entre muchos artistas, fotógrafos, arquitectos y pintores invitados.





Lámpara colgante



Lámpara hecha con Pet

Banco Circus Stool

Silla Ruberta Iron

Cuchillo cerámico para vegetales

El

Introducción al diseñismo

Alejandro Sarmiento inventa, crea conceptos, diseña, enseña. Lo que no hace es exportar y se rehúsa terminantemente a ser empresario. Las ideas de un diseñador muy premiado, muy reconocido, que sigue angustiado a la hora de inventar.

POR LUJAN CAMBARIERE

Si se lo conoce por su muy premiada obra o por lo que dicen sus viejos profesores y muchos de sus colegas, se intuye que es una de esas mentes iluminadas del diseño. Cuando asoma desde su casa-taller-fábrica de inventos en Avellaneda, las sospechas se confirman. Estamos frente a un exponente de lo que uno espera del diseñador industrial. Un tipo dúctil con las manos, alguien nada loco que investiga nuevos materiales o les da nueva vida a los conocidos, convirtiendo un filtro de auto en tarjetero, la tapa de una olla en base de lámpara o un balde de plástico en pantalla. Uno de esos buscados por los empresarios que olfatean el negocio pero no saben cómo conceptualizarlo.

Sarmiento empezó a hablar de la necesidad del reuso mediante las botellas de pet (fue el creador de Contenido Neto) aún en la era menemista, cuando aún no era evidente el fenómeno cartonero. Muchos de sus productos ganan premios en cuanto concurso se presente, como el banco de cartón Circus Stool y silla Chichola (Primer Premio del Círculo de Profesionales y Primer Premio en el Salón del Mueble Sao Paulo; Ecodesign edición 1997 Mención Honrosa Sebrae, Sao Paulo, Brasil; Ideé Design Award, Marc Newson Award y Michael Young Award en la Exhibición de productos en la feria Tokio Designers Block en Tokio, Japón y mención honorable en el Design Explorations 2001 Design Competition de la Parsons School of Design de Nueva York). Fue el único argentino en participar y ganar la competencia internacional The Yamaha AST Audio System, que le dio la posibilidad de viajar por el mundo. Hoy sus productos son requeridos en todo tipo de exhibiciones, tiendas e instituciones, como el Malba.

Sarmiento es un tipo que apuesta a la vanguardia, conserva su autonomía y no quiere ser exportador o empresario. Alguien a quien vale la pena preguntar: ¿de qué hablamos cuando hablamos de diseño?

–¿Cómo nace un diseñador?

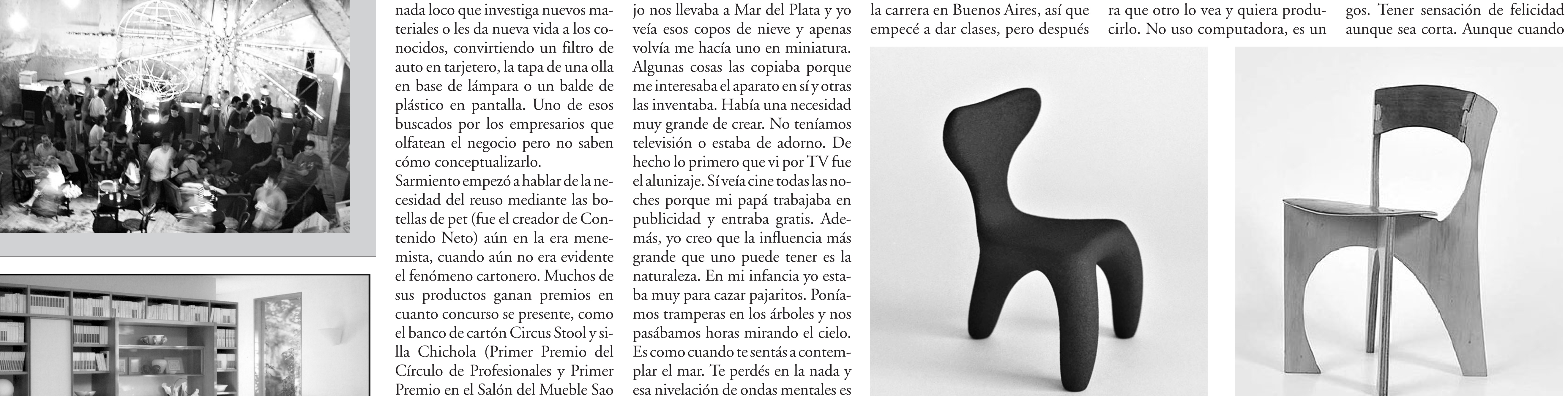
–Yo vengo de un pueblo, General Villegas. Mi infancia fue siempre de construir. Si llovía: represas. Si había viento: cartón con vela. Mi viejo nos llevaba a Mar del Plata y yo veía esos copos de nieve y apenas volvía me hacía uno en miniatura. Algunas cosas las copiaba porque me interesaba el aparato en sí y otras las inventaba. Había una necesidad muy grande de crear. No teníamos televisión o estaba de adorno. De hecho lo primero que vi por TV fue el alunizaje. Sí veía cine todas las noches porque mi papá trabajaba en publicidad y entraba gratis. Además, yo creo que la influencia más grande que uno puede tener es la naturaleza. En mi infancia yo estaba muy para cazar pajaritos. Poníamos tramperas en los árboles y nos pasábamos horas mirando el cielo. Es como cuando te sentás a contemplar el mar. Te perdés en la nada y esa nivelación de ondas mentales es la energía creativa. Cuando terminé el colegio, iba seguir Arquitectura y leí de la existencia de diseño industrial, que iba más para mí, que siempre andaba inventado receptores electrónicos y máquinas. Empecé a estudiar diseño en la Universidad de Cuyo en Mendoza, y en 1981 me fui a la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, donde terminé la carrera.

–¿Qué era entonces un diseñador industrial para vos?

–Un creativo. Al principio de la carrera yo era muy tecnológico, me fascinaba el diseño tipo la Nasa. Después empecé a ver las cosas de otra manera. Eran los ‘80 y nuestros referentes eran los italianos, que en ese entonces hacían un diseño absolutamente caprichoso pero creativo.

–¿Cuándo empezás a trabajar?

–Antes de terminar la carrera. Enseguida fueron surgiendo cosas, aunque desde el principio fue difícil hacerles entender a ciertas personas que debían pagar por el diseño. Cuando me recibí, se abrió la carrera en Buenos Aires, así que empecé a dar clases, pero después el premio en Japón –había que diseñar un speaker con la tecnología de ellos, el slogandecía: “Usted ponga sus ideas que nosotros ponemos la tecnología”– marcó un antes y un después en mi carrera. Me fui a recorrer el mundo y me quedé viviendo tres años en Nueva York. Allá empecé a hacer objetos con la basura y tuve la suerte de conocer a un fotógrafo que me solicitó trabajo y así se fue armando una cadena. Cuestiones familiares me hicieron volver pero siempre seguí trabajando.





Silla Baton



Silla Sarmiento

–¿Cómo es un día en tu vida?

–No tengo una rutina. De hecho jamás me levanto al mismo horario. No soy un tipo disciplinado y la creación, generalmente, tiene que ver con un estado de ánimo. Un pensamiento que a veces me limito a escribir para no olvidar. Y otros días estoy como internado. Después están las limitaciones propias del trabajo. Luchar por llegar a cierta instancia de prototipo para que otro lo vea y quiera producirlo. No uso computadora, es un servicio que compro a gente que lo hace muy bien. A mí me gusta trabajar muchos con las manos. La computadora sigue siendo fría, no adquiere el grado de calidez que necesita un objeto.

–¿Te obsesionás con ciertas piezas?

–Es variable. En otro momento me fanatizaba más. Ahora resuelvo mucho mentalmente y lo plasmo mediante alguna forma.

–¿Seguís participando en concursos?

–No tanto. Ahora me interesa más coordinar grupos de alumnos que quieran participar (es docente titular en la cátedra Tecnología y usos del aluminio, de la Universidad Torcuato Di Tella, y profesor y asesor académico de la Universidad de Palermo). Salvo en concursos comerciales donde el premio pasa por la manufactura del objeto.

–¿En qué abrevás cuando diseñás?

–Los momentos de felicidad familiar son lo que me da el espíritu para diseñar, las ganas de vivir, los amigos. Tener sensación de felicidad aunque sea corta. Aunque cuando surgen las ideas siempre tienen un fundamento físico. No son tan banales como parecen, aunque puedo ser absolutamente banal y también me gusta. Viviendo en Nueva York, gané una mención de la Parsons School of Design sobre cómo viviríamos en el 2001. Ahí diseñé una lámpara que era una especie de caño anodizado amarillo con una base de vidrio que tenía en el extremo una duna, detrás de la duna un cactus chiquito y detrás una lamparita halógena que ampliaba la imagen del cactus sobre la pared y con la que lograba transmitir cierta idea la naturaleza. Algo así como capturar el fenómeno críptico de la naturaleza en la casa. Esas piezas conservan un grado de poesía inmerso dentro del objeto, aunque no evidente, y yo trato de tener cada día más de esas cosas pero menos visibles, más internas. Hay productos que no tienen ningún fundamento, otros más y otros demasiado.

–¿Cuál es la definición que más te gusta del diseñador o del diseño?

–El diseño cambió mucho desde que estudié. De hecho hoy en las universidades europeas se habla de Product Design o Design-Design. Nosotros acá las tenemos todas incluidas porque cuesta especializarse. Igualmente hay muchas maneras de encarar el diseño y de verlo. Lo que yo hago es diseñismo. Es el nombre que yo le puse porque va desde la autogestión al objeto, es una mezcla de diseño y hobbie. Lo semántico de la palabra tiene que ver con eso. Diseño donde uno interviene directamente sobre el producto. Donde, a pesar de tener una concepción de taller, es totalmente industrial. La condición básica es que siempre pueda ser reproducible en grandes cantidades.

–¿Y cómo es el diseñador argentino?

–Hay de todo. Hoy en día hay mucho empresario del diseño por necesidad. Yo no me he transformado en empresario porque hay cosas que no quiero aprender. A mí me consultan todo el tiempo para generar conceptos. Hay mucha necesidad de generar y falta una visión de cómo entrarle al concepto. Lo mío es más arriesgado, hago cosas inéditas. En Nueva York prendía fuego sillones, me quedaba con la estructura y las envolvía como lo hacen los Campana ahora, nada más que yo no era un Campana, era absolutamente anónimo. No tuve la fortuna que han tenido ellos, pero no me fue mal. Estoy satisfecho, aunque no tengo nada, pero muchas veces el reconocimiento es eso, te propone más desafíos. Además hay algo que no pude erradicar de mí que tiene que ver con cierto nivel de angustia que tiene que existir para crear. Con mucho confort me pierdo en otras cosas. Necesito que haya cierta tensión en algunos aspectos de mi vida.

–¿Se puede vivir del diseño?

–Sí, con más o menos plata, pero vivo del diseño. Y no sólo diseñando objetos. También escenografías, espacios. Doy clases en la universidad. Vendo diseño al exterior. Ahora le estoy vendiendo una lámpara que hice con un material de termofusión a un señor de Tokio. Hago cosas, saco fotos, las ofrezco y vendo el diseño para que otro lo fabrique. Exportar es un rollo muy difícil para mí como veo la vida. Quiero vivir más abocado al diseño que a la comercialización del diseño. Uno muchas veces termina enroscado en cosas laterales sin darte cuenta. Ahí descubrís que no sos el mejor haciéndolo y el resultado puede ser incierto.

–¿Qué es lo más fácil y lo más difícil hoy?

–Lo más difícil es la relación con la industria, una cuestión muy difícil de sortear, ya que el industrial todavía no está interesado en el diseño. O no hay ni una visión, ni una intención tampoco. Acá nadie va a diseñar un taladro. Igualmente yo, por las cosas que vienen de China, no dejo de diseñar.

–¿Los salís a buscar?

–Sí, lo que pasa es que ellos se enganchan después de la generación de prototipos. Cuando el producto ya está terminado. Igualmente, también, hay un pensamiento de que el diseñador es un tipo que genera un caos bastante grande, porque entra a la empresa para cambiar cosas. Eso sumado a que a veces se da una intervención del industrial que cree que el ser dueño le permite ser creativo. Inclusive muchas veces fuimos con propuestas, pero aun con prototipos se vuelven atrás porque no quieren invertir. Por eso hablo de diseñismo. El diseño implica tener una relación con la industria. En el ‘95 estuve en un workshop para Alessi para las nuevas tendencias y te das cuenta de cómo trabaja la compañía. Tiene una dinámica permanente donde cada uno hace lo que sabe. Uno crea el concepto, otro lo dibuja. Allá las ideas tienen dueño y se lo respeta. Acá vos contás una idea a alguien y no te la paga, te la gasta.

–¿Y lo bueno?

–Que todo es un desafío permanente. Hay cuestiones de confort que pueden ser muy malas.

–¿Cuándo se requiere un diseñador en la sala?

–Hay una necesidad tremenda de diseño en todo. Es un problema de saber vivir y nosotros, los argentinos, no sabemos vivir todavía. Los italianos no sólo disfrutan del vino de la cosecha que debe ser, sino de la copa adecuada para ese vino. Poder disfrutar de la vida de lleno. Entonces estás permanentemente encontrando nichos. Desde la plazoleta descuidada de la esquina hasta una vidriera. Para mí, el diseño es lo más agradable que me pudo pasar. La combinación perfecta de conocimientos que quería tener. Hay una gran intervención espiritual en los proyectos para una manifestación completamente material y eso creo que es lo que propone la armonía en las cosas que uno hace. ■

Hay vida después de la protección

Un estudio de la vida económica del casco histórico demuestra que, lejos de matar o congelar los barrios, la protección patrimonial les da una nueva vida, más próspera y estable.



POR SERGIO KIERNAN

Cuando San Telmo fue protegido, en tiempos de militares y autopistas, las protestas interesadas se presentaron como “sentido común”: la protección histórica iba a matar económicamente al barrio. Este argumento resultó ser falso, pero todavía circula, cachuzo pero convincente, cada vez que se extiende la protección a nuevas áreas o lugares. Por eso resulta importante un estudio del casco histórico que publicó recientemente la Ciudad y se concentra en su vida económica. Con detallados números y ejemplos, el trabajo demuestra que la protección patrimonial no elimina la actividad económica, que en muchos casos la hace crecer con energía, y que posibilita nuevos usos y actividades.

Desarrollo Económico y Gestión del Patrimonio es un librito editado por el gobierno porteño, pero saludablemente libre de burocratez. Su objeto, dice el prólogo firmado por Eduardo Hecker y Silvia Fajre, secretarios de Desarrollo Económico y Patrimonio Cultural, respectivamente, es “el valor económico y el potencial de los bienes de valor patrimonial como dinamizador de recursos, es decir, como factor que contribuye al desarrollo económico”.

De las muchas definiciones de patrimonio, se elige una cuerda y útil: “Un bien no renovable, un capital generado por el conjunto de la sociedad”. Este tesoro que creamos entre todos debe ser no sólo custodiado sino integrado a la vida económica de la ciudad. En resumen, debe ser sustentable y no una pieza de museo.

El trabajo se concentra en tres sectores definidos del casco histórico: el área Avenida de Mayo, el área Montserrat textiles y San Telmo “chico”, la zona más ajustadamente turística del barrio, entre el Bajo y Bolívar. Con base en el censo económico de 1994 y un relevamiento propio realizado el año pasado –con recurso a varias fuentes de información de la Ciudad–, el estudio pinta los cambios económicos de una década completa concentrándose en el comercio, los servicios y las industrias urbanas autorizadas, como panaderías y textiles, y dejando afuera las actividades comerciales que se realicen en casas particulares, las oficinas, los estudios profesionales y las fábricas propiamente dichas.

El panorama que surge es variado. Avenida de Mayo sigue siendo comercial y un fuerte polo administrativo y de oficinas. San Telmo ya tiene una clara impronta turística y de esparcimiento que, lejos de las advertencias agoreras, le dio una energía propia. Montserrat parece estar en una transición de ser el “garment district” de Buenos Aires a usos más mixtos, donde los textiles no son preponderantes. Suele ocurrir que barrios especializados sean muy afectados por nuevos panoramas económicos que no controlan, como la baja de la industria textil del país.

El casco histórico concentra el 20 por ciento del patrimonio edificado, el 70 por ciento de los edificios ya catalogados, el 30 por ciento de los cafés notables, el 41 por ciento de las milongas y cenas-show, el 15 por ciento de los espacios culturales y 31 museos. Su vida económica es compleja y con un fuerte énfasis administrativo en su lado norte, que toca la city y contiene dos de los poderes nacionales. La densidad poblacional es de 343 habitantes por manzana, muy similar a la de Recoleta –367 personas por manzana–. Curiosamente, la región histórica tiene valores inmobiliarios promedio que son apenas la mitad de los de la Zona Norte y Belgrano.

Esto no refleja apenas modas o percepciones de status, también muestra el potencial de desarrollo de una parte de la ciudad que contiene cientos de edificios lindos, históricos y baratos, condición previa para el fenómeno de “renacimiento” de tantos barrios históricos en el mundo. Los precios son además un factor en la notable estabilidad comercial de las tres áreas estudiadas. En el Montserrat textil, los locales comerciales abiertos subieron de 742 en 1994 a 859 el año pasado. Más aún, 400 de esos locales no cambiaron de rubro en toda la década. Los cambios registrados muestran un aumento leve del comercio, uno alto de los servicios y una baja drástica de la industria local. Lo que más aumentó fueron los locales gastronómicos y la hotelería.

Avenida de Mayo muestra un claro aumento de los locales abiertos, que pasaron de 490 a 645 en diez años, con 293 dedicados al mismo rubro. El mayor aumento es, nuevamente, el de servicios, con los gastronómicos a la cabeza y los tradicionales hoteles aumentando en número de 34 a 44, y un notable pico de instalaciones de oficinas públicas y sedes de asociaciones de todo tipo.

San Telmo es la zona estudiada que mayor aumento de su actividad económica registró. Los locales abiertos pasaron de 990 a 1518 entre 1994 y 2003. De los existentes hace una década, casi 600 locales siguen en el mismo rubro y más de 200 cambiaron. Bolívar y Perú son las calles con mayor número de locales nuevos, mientras que los pasajes del barrio, la diagonal Roca y la bajada de Hipólito Yrigoyen no registraron ningún cambio. Hubo un ligero cambio en la composición de actividades, con una baja del diez por ciento en el comercio y una suba de algo más en los servicios, lo que refleja el nacimiento de San Telmo como destino gastronómico, con un crecimiento de más del 100 por ciento en el número de restaurantes. Nuevamente, la hotelería creció y el barrio ganó 11 nuevos alojamientos. Y no sorprende que la abrumadora mayoría de los comercios del lugar se dedique a las artesanías, las antigüedades y la joyería.

En resumen: las tres áreas históricas protegidas muestran un claro aumento de la actividad económica, el número de locales y la inversión. No es un mal panorama teniendo en cuenta la situación económica y la dureza de la crisis reciente. Y es una prueba de que la protección histórica es ciertamente sustentable. ■

Qué es un casco histórico

La definición oficial es simple y clara: “Todos aquellos asentamientos urbanos vivos, fuertemente condicionados por una estructura física proveniente del pasado, reconocibles como representativos de la evolución de un pueblo”. El área histórica porteña tiene cinco kilómetros cuadrados, apenas 2,5 por ciento de la superficie total de la ciudad. Es un martillo delimitado por Mitre, Huergo, Brasil, Paseo Colón, Martín García, Montes de Oca, Finochietto, Lima, Independencia y Combate de los Pozos, mucho mayor que el “San Telmo” mental al que estamos acostumbrados. Allí viven 112.000 porteños, el 3,8 por ciento de la población de la ciudad.

Otro malentendido, éste doloroso, es pensar que todo lo que está dentro del área histórica está protegido. De hecho, apenas una minoría ilustre de los predios del barrio están protegidos de alguna manera, proceso que debe hacerse individualmente, caso por caso, largamente y con despacho final en la Legislatura. Las sorpresas son muchas y desagradables: la estación Constitución está a la buena de Dios, pero el convento de Independencia y Lima tiene el grado máximo de protección, como la Casa Rosada o el Congreso. En el conjunto de la Nueve de Julio hay apenas un edificio protegido, con el resto puede hacerse cualquier cosa. Ver el mapa muestra que, excepto en San Telmo, Buenos Aires todavía no protege casi nada.